



B. Gandiaga /Zona de Bulnes).

## El poeta que aprendió a perder el tiempo

### El tiempo es oro

He aquí la máxima que preside el quehacer de una sociedad como la nuestra, basada en la planificación, el rendimiento y la acumulación de logros, casi siempre materiales. Si uno procede de un medio desfavorecido, la pérdida de ese tiempo, la dilapidación de ese “oro propio” puede llevar consigo una fuerte frustración.

Pensemos por un momento que ese “tiempo oro”, va ligado a objetivos altruistas, como la potenciación de una cultura, o va unido al cultivo de un idioma en estado agónico, y sumemos a esto la labor docente, el apostolado vinculado a la condición religiosa y una intensa preocupación ante la realidad política que ahoga a un pueblo; y si además se tiene una necesidad vital de dedicar buena parte de su tiempo a la poesía, perder el tiempo puede convertirse en la mayor desgracia que a uno puede sucederle.

Esta es la historia de un hombre, de un franciscano, de un poeta que habiéndose encontrado en esa situación, descubre que ese tiempo-oro puede ganarse, justamente, dejándolo correr a través de uno mismo, sin prisas, pero consciente de que en ese “estar estando” (egonean egon) se puede encontrar una plenitud contagiosamente activa, repleta de filones de paz y productora incansable de lingotes de felicidad.

### Las espinas del espino

Como el lector sabe, la producción poética de B. Gandiaga reposa fundamentalmente sobre la trilogía que forman sus tres primeros poemarios: *Elorri* (“Espino”, 1962), *Hiru gizon bakarka* (“Tres hombres solos”, 1974) y *Uda batez Madrilén* (“Un verano en Madrid”, 1977). Respecto a los dos primeros, ha sido muy común contraponer el ni (yo) poético de *Elorri* con el gu (nosotros) de *Hiru gizon bakarka*, enmarcando el primer poemario en un entorno impregnado de lirismo y lejos de la cruda realidad que en aquel momento vivía el pueblo vasco, realidad que aparecerá explícitamente plasmada en el segundo poemario del poeta de Arantzazu.

Ciertamente, en *Elorri* (1) el poeta describe un mundo cargado de lirismo centrado en el espino (*elorri*) como símbolo de la condición humana. Símbolo sobre todo del hombre pobre, del ser humano humilde, del marginado: “Arkaitzean, / geure bizitz zarpilla letz, / bigurri ta nabar, / arrats-beerako laru aurean, / lander eta bakar.” (“Sobre la roca, / destartalado —como nuestra vida—, / retorcido, / mancha cenicienta frente al mórbido crepúsculo, / miserable y solitario espino.”) (2) (p. 47). En opinión de B. Gandiaga, las clases desfavorecidas son las que más se asemejarían a la realidad del espino, árbol de poca utilidad, de tronco poco vistoso, que se retuerce a menudo entre las rocas que justamente le dejan un pequeño vericuetto para que pueda extender sus raíces y alimentarse. Pero cuando la primavera llega, ese árbol humilde estalla de

Me he presentado con el informe clínico en Santa Ageda (...) Justo Alzuza me ha recibido preguntándome «¿qué le pasa?» y mi respuesta ha sido la siguiente: «Mientras estaba viendo una película, comencé a sudar y a sentir problemas respiratorios (...). Mis amigos se percataron de mi malestar (...). Me trasladaron al médico de Oñate. Tenía la tensión alta y algo de dolor en el pecho. El temor de mis amigos ante tal situación y la opinión del médico coincidieron y me trasladaron a la Clínica Santiago de Vitoria.

(1) Gandiaga, Bitoriano: *Elorri*, EFA, Oñati, 1962 (Prólogo de Luis Villasante). En 1989 se publicó la 2ª edición con prólogo de J.Mª Lekuona. Las citas corresponden a esta segunda edición.

(2) Las traducciones correspondientes a *Elorri* son de Pedro de Anasagasti y pertenecen a la traducción publicada el mismo año que el poemario: *Elorri (Espino)*, EFA, Oñati, 1962.

(...) Le he entregado el informe clínico a Don Justo (...). Me ha preguntado cuáles son las cosas que me angustian y, por mencionar alguna, le he contado la angustia que me producen las largas horas del confesionario.

gozo, se transfigura, y aunque esa alegría no dure demasiado, inunda de blancura su entorno con infinita generosidad: “Orriztatu da poza, / goitu dau esia. / Epailleko xoramen, / zuri, elorria.” (“Fecúndase de hojas el gozo, / desbordando el vallado. / Éxtasis de Marzo: el níveo espino.”) (p. 36). En otoño, el rojo de sus pequeños frutos teñirá de nuevo la naturaleza. Rojo de hermosura, rojo de nostalgia teñido de delicadeza al contacto con las primeras lluvias otoñales: “Elorriak ba-ditu / pinporta gorriak...” (“Ya tiene el espino rojos botones.”) (p.124). El mundo religioso del poeta ocupa también muchas de las páginas de *Elorri* e impregna de misticismo su primer poemario.

Pero el distanciamiento de la realidad que parece observarse en el primer poemario no es tal, como el mismo autor nos confiesa: “Badirudi, baina hori ez da horrela” (3). Por todo ello, Gandiaga confiesa que el yo poético que aparece en *Elorri* sería un yo social más amplio, personalizado y focalizado en él mismo. Respecto a las preocupaciones y tensiones que estallarán en el cuarto poemario y que conducirán al poeta a un cambio fundamental en su forma de situarse ante la vida, vemos que ya aparecen perfiladas en el primer poemario:

*La soledad. Las tensiones personales.* A pesar de que el poeta busca a menudo la compañía de la soledad para poder dedicarse a la contemplación y a su labor poética, a menudo sentirá en su interior la acometida del vacío existencial: “Arima, / bakarrik, /soiñaren barnean. // Illunabarra da. // Ta ez dago argirik / nire biotzean.” (“El alma, sola, / dentro del cuerpo. // Se va haciendo la noche. // Sin luz el corazón.”) (p.191). Ese sentimiento y una personalidad excesivamente autocrítica y exigente consigo mismo le cierran las puertas de la felicidad: “Geiegiraiño / triste, biotza, / eguzkirik ba-danean. (...) Nai leuke bere miña / aundiago ledin. / Zorionikan ez dau nai maite, / pozik miñarekin.” (“El corazón / triste hasta la agonía, / aun cuando brilla el sol. (...) Quisiera un dolor aún mayor. / Huye de la aventura, / apegado al dolor.”) (p.186).

*El euskera y la cultura vasca.* En *Elorri* las referencias al euskera, a la euskaldunidad, a Euskal Herria... aunque escasas, siete en total (*Euskal-leiak, Euskal-Arkadia, euskotar abegi, euskera, euskaldun, Euskal erri, euskal-fede*), muestran que la preocupación del poeta por estos temas era patente. Bien es verdad que estos vocablos aparecen la mayor parte de las veces relacionados con la basílica de Arantzazu, con Urbia o con la fe. Pero el poema 53 de su primer libro anticipa ya de una manera bastante clara uno de los temas recurrentes en la poesía posterior de Gandiaga, el deseo de detener el desmoronamiento de la sociedad euskaldun, de su cultura, de su idioma: “Sei praille geure kantuz / —euskera ta soiñuzko—, / Aitzabal gaiñean / argia baiño, igesi / doan erri-arnasa / gelditu naiean.” (“Sobre el Aitzabal erguido, / seis frailes, con sus cantares, / tratan de asir / el alma de su pueblo, que va huyendo.”) (4) (p. 94).

*La sensibilidad social.* Aunque la poesía social de B. Gandiaga, toma cuerpo en los últimos 60 y primeros 70 compartiendo la poética de B. de Otero, G. Aresti, G. Celaya, Otsalar y J. Azurmendi, hay ya en *Elorri* un anticipo, matizado pero claro, de esta preocupación. Así, la preocupación hacia sí mismo se vuelve solidaria con los demás al observar la infelicidad de los que le rodean: “Noizbait begiok zabaldu / ta askatu nitun mundura... / Ikusi neban

(...) También me ha preguntado por mis labores cotidianas. Y ahí aparecen el tema de las excesivas horas escolares impartidas, la pérdida de tiempo corrigiendo exámenes, las preocupaciones que me suscita el sacerdocio, la insatisfacción que padezco por ser vasco y etc.

(3) “Nere obrax”, *Hegats*, 4, Ekaina-1991, p. 209.

(4) En la traducción, Pedro de Anasagasti traduce el posesivo *geure* (nuestros) por el (sus), pasando de la primera persona plural a la tercera.

Le menciono el insomnio, la irascibilidad y la inconformidad conmigo mismo, entre otros aspectos.

A continuación me receta pastillas. *Deanxit* para antes del desayuno y después de la comida y *Tranxilium 15* para después de la cena.

lurreko / zorigaitza ta tristura... / Geroztik ez dot malkorik / ixuri neugaitik.” (“Por fin, los ojos abrí, / y contemplé a los mortales, / con su dolor y tristeza. / ¡No más lágrimas por mí!”) (p. 132).

*La vocación sacerdotal y la llamada del mundo.* A pesar de la fortaleza vocacional del fraile franciscano que celebra una y otra vez su consagración sacerdotal como la culminación de un sueño largamente esperado: “Mezako, azkenez!, gurari guztiak lortuta.” (“y ¡por fin! ya sacerdote, / con sus afanes logrados.”) (p.134); el joven Bitoriano se verá acosado más de una vez por la llamada del mundo, de lo que los otros tienen y él no va a poder disfrutar: “Nik ezingo dot igurtzi / ule gorridun bururik. / Nire begiok ezingo dabe / laztandu beste begirik.” (“Ya no podré acariciar / aquellos rubios cabellos. / Ni mis ojos besarán / la lumbre de aquellos ojos”) (p.103).

### Tres hombres, tres soledades

*Hiru gizon bakarka* (5), segunda obra de B. Gandiaga supone una ruptura con su poesía anterior. La dulzura simbólica y el misticismo de *Elorri* se convierten en este caso en una seria reflexión sobre la situación del País Vasco (Euskal Herria) durante la dictadura franquista, siempre acompañado de los martillazos con los que, infatigablemente, el artista Jorge Oteiza esculpía las piedras que iban a adornar la entrada de la nueva basílica de Arantzazu: “Tiriki, tauki, tauki, / mailuaren hotsa. / Tiriki, tauki, tauki, / mailuaren hotsa. / Etsipen kolpe bat da / ukaldi bakoitza. / Ai, oi, ai, / ukaldi bakoitza.” (Tiriki, tauki, tauki, / el ruido del martillo. / Tiriki, tauki, tauki, / el ruido del martillo. / Es un golpe de desesperación / cada martillazo. / Ai, oi, ai, / cada martillazo) (6) (p.147).

Animado por Jorge Oteiza, B. Gandiaga comienza a realizar poemas más extensos, algunos de los cuales ofrecen la posibilidad de ser representados al modo de las pastorales suletinas vascas. Así, mientras Oteiza convierte la piedra en imagen, el poeta transmuta esas imágenes en palabras (7), simbiosis que queda magistralmente reflejada en el sexto apartado del libro: “Hamasei-harrieta” (Las dieciséis piedras).

La imaginería poética de este libro es rotunda y clara a la vez. B. Gandiaga siguiendo la tendencia de la poesía social y percatándose de que los temas que preocupaban a la sociedad estaban ya tratados —incluso con gran lirismo— desde la antigüedad, principalmente por los poetas del Antiguo Testamento, elige la alegoría para representar la realidad, trascendiendo en muchas ocasiones lo local para universalizar los problemas sociales, culturales y políticos del pueblo vasco (8).

En las tres primeras partes del libro (“Txakolinaren ospakuntza 1”, “Txakolinaren ospakuntza 2” e “Hiru gizon bakarka”), la alegoría del txakoli representa la tragedia íntima del pueblo vasco. Tres hombres celebran con-

---

(5) Gandiaga, Bitoriano: *Hiru gizon bakarka*, Bilbao, Gero, 1974. (Prólogo del poeta Mikel Lasas). En 1991 la editorial Elkar publicó la segunda edición del libro a la cual se añadió un epílogo de Joxe Azurmendi. Nuestras citas se referirán a esta edición.

(6) Las traducciones sucesivas son nuestras. Hay que destacar la gran dificultad que encierra la traducción de los poemas de B. Gandiaga donde el ritmo, la musicalidad, la aliteración y la constante experimentación con los recursos expresivos del euskera, hacen muy aconsejable la lectura de los originales.

(7) Lasas, Mikel: “Hitzaurrea” in *Hiru gizon bakarka*, p. 10.

Llevo el peso de medio siglo sobre mis hombros. Remiso, alicaído, tímido y nervioso, con algunas pocas ideas tercas en la cabeza, me parezco a la piedra de un viejo molino, siempre girando sobre el mismo punto, sin avanzar lo más mínimo.

Al final, he sufrido un amago de infarto. Pero no debe de tratarse de una dolencia física. Me han enviado al psiquiatra. El doctor me ha recomendado que aprenda a perder el tiempo, y en ello estoy.

juntamente el rito del txakoli, de ese vino vasco amargo, que quiere, pero que no llega a ser vino —pueblo que quiere ser Pueblo, pero que no es capaz de articularse—, vino que siempre deja en el paladar un punto de acidez. Una vez que han bebido, aunque comparten las mismas ilusiones, los mismos anhelos, los mismos problemas, estos tres hombres prefieren vivir sus penas en solitario. Es la eterna historia del pueblo vasco, de su desunión, de su desarticulación cultural, política y administrativa.

Ante esa situación, en la cuarta parte del libro (“Alegiak eta beste”) el poeta dolorido, decide tomar la palabra y al modo de los antiguos profetas, desde el sufrimiento y, desde la infinita tristeza que le produce su entorno, pretenderá mostrar a ese pueblo llano, humilde y marginado, la penosa situación en la que se haya sumido. De todos modos, a B. Gandiaga le parece que ni los propios poetas sociales se percataban de la realidad de este colectivo euskaldun, minoría en su propio país. En *Hiru gizon bakarka*, hay un poema dedicado a Blas de Otero (“Bladi Otero-ri”) en el que el poeta de Mendata intenta explicar al de Bilbao cuál es su realidad: “Gure egia / ez dute ikusten / edo ez dute nahi / egiarik ikusi.” (Nuestra verdad / no la ven / o no quieren / ver la verdad.) (p.102).

En la quinta parte del libro (“Korupekoak”) el poeta baja del coro, lugar donde rezan los frailes, al *korupe*, donde lo hace el pueblo llano. Allí, mientras medita sobre la distancia que separa a estos dos estamentos de la iglesia, tan cercanos y a la vez tan lejanos entre sí, ora con ese pueblo humilde en la lengua de sus ancestros.

“Hamaseiharrieta”, sexta parte del poemario supone el encuentro entre el poeta y el escultor Jorge Oteiza, entre el escritor y el artista. Aquí B. Gandiaga nos anuncia el camino a seguir para llegar a la luz, a la plenitud, al futuro suprahistórico. Para que esa pequeña luz que el poeta parece entrever en el pinar —ayer frondoso castañar— sea luz de futuro, y para construir el puente que vaya desde lo que los ojos ven a lo que el corazón anhela, tiene que mediar un proceso de superación (9). La intermediación del trabajo solidario (poeta/artista) y el compromiso ético convertirá el presente de desolación en futuro de esperanza. La Piedad de Oteiza que nos desgarró en el exterior de Arantzazu, es resurrección en el interior. Tras este periplo el poeta parece volver a su intimidad. El poeta necesita calma y se retira a Artaso, lugar rico en dólmenes y vestigios prehistóricos donde nace el río que más tarde discurre por Arantzazu.

Después de la explosión y el éxito de *Hiru gizon Bakarka*, en 1974 B. Gandiaga viaja a Madrid a realizar un curso de teología que abandonará al no responder a sus expectativas. Pero el poeta aprovechará el viaje para sumergirse en la vida de una ciudad que se le antoja poéticamente inaprensible, pero al mismo tiempo retadora. El poeta acepta el reto y acomete una labor titánica, pues como él mismo confiesa dispone de una paleta con pocos

---

(8) B. Gandiaga ve dentro de Euskalerría una minoría formada por el mundo rural vasco-parlante —del que son vivo reflejo sus propios padres— que por su extracción cultural y lingüística padece una marginación añadida; y, a veces, un trato inaceptable (traducimos): “Yo hice mi propia poesía social, retorné a mis raíces y a donde la gente humilde y marginada que me trajo al mundo y levanté la voz en nombre de aquellos que se encontraban acobardados, avergonzados y rechazados en su propia tierra, proclamando la asfixia del estamento euskaldun que yo conocí y que veía en trance de desaparición.” (*Hegats*, 4, 1991, p. 214).

(9) Ascunce, José Angel: *Cómo leer a Blas de Otero*, Madrid, Júcar, 1990.

Y aquí me encuentro ahora como una guitarra con las cuerdas rotas, delante del psiquiatra, escuchándole con algo de asombro que debo aprender a perder el tiempo.

Acéptate a ti mismo/ para que puedas aceptar a los demás,/ estremécete de tus lamentos/ y del de los demás;/ debes acordarte/ con la mayor de las diligencias/ que el ser humano/ es la criatura más desconsolada.

colores, de una lengua con recursos expresivos poco adecuados para describir esa realidad que se le ofrece como sujeto poético (10).

Cuando el poeta pasea por la Plaza de España de Madrid y se topa con las estatuas de Cervantes, Quijote y Sancho, no podrá evitar conversar con el autor de esa obra (*D. Quijote de la Mancha*) que tanto confiesa admirar. Y al hilo del enfrentamiento entre el hidalgo y el vizcaíno, el poeta vuelve a ver en este segundo el arquetipo del euskaldun que lucha en solitario y que al final pierde, que siempre pierde, a pesar de sus bravuconadas: “el primero en descargar el golpe fue el colérico vizcaíno” recuerda Gandiaga, “Baina azkenean galdu egiten dugu, beti galtzen dugu azkenean.” (11) (Pero al final perdemos, siempre perdemos al final). Y lejos de su Orbelaun natal, el hijo recuerda a sus padres José y Anastasia, y viaja con la imaginación hasta el modesto caserío que le vio nacer para homenajear a esos labradores humildes, que olvidados por las clases dirigentes han realizado un trabajo de titanes, con honradez y dignidad, recibiendo las más de las veces el olvido como pago, cuando no el desprecio o el oprobio. La suerte de ese estrato social removerá una y mil veces las entrañas del poeta, que ve cómo ser y sentir como euskaldun en la Euskal Herria de finales de la dictadura franquista se convierte en una hazaña prácticamente inalcanzable (12).

### “Mientras pierdo el tiempo”

Cuando las espinas se multiplican, las soledades no encuentran puntos de unión y la autoexigencia agobia, el ser humano, por fuerte que éste sea, sucumbe y la crisis se produce. Producto de esa profunda crisis personal es el cuarto poemario de B. Gandiaga: *Denbora galdu alde* (13) (“Mientras pierdo el tiempo”).

Trabajador incansable en el caserío familiar, lo mismo que en el colegio de Arantzazu donde además de aprender castellano aceleradamente tuvo que recuperar los años de retraso que llevaba en los estudios, el joven Bitoriano no conoce fatiga ni cansancio. El tormento —nos dice— (14) se produjo después de su ordenación como sacerdote, cuando tuvo que enfrentarse a la vez a los cometidos que el sacerdocio (confesiones, misas, preparación de sermones...) y su labor de profesor en el colegio de Arantzazu le exigían. El no poder responder a ambos con la exactitud que su carácter fuertemente autoexigente le imponía, acumuló en el poeta descontento, mal humor y un profundo malestar. El profesor se volverá exigente, enfadadizo, duro e intransigente, y el poeta, el escritor no encontrará tiempo para dedicarlo a su afición favorita, sumando frustración a la frustración.

La profunda insatisfacción que su condición de euskaldun le produce, al no poder vivir esa euskaldunidad con plenitud, es otro de los factores que el poeta le comenta al psiquiatra como fuente de malestar. Este punto ya lo

(10) “Espresabide berri baten beharrean aurkitu nintzen, hango errealitatea harrapatuko banuen” (Me encontré con la necesidad de una forma de expresión nueva, si de verdad quería aprehender aquella realidad). “Nere obraz”, *Hegats*, 4, Ekaina-1991, p. 215.

(11) Gandiaga, Bitoriano: *Uda batez Madrilen*, Jakin, Oñati, 1977, p. 131.

(12) De todos modos, cuando en 1991 la editorial Elkar publica la segunda edición de HGB, el poeta de Arantzazu confesará con amargura que una gran parte de las preocupaciones que el expresó en el poemario continuaban vivas (*Egunkaria*, 1991-09-01, p. 29).

(13) Gandiaga, Bitoriano: *Denbora galdu alde*, Erein, Donostia, 1985.

(14) *Denbora galdu alde*, p. 129.

Dirán que no sé/ por dónde me da el viento,/ tú ya sabes, Bitoriano,/ que aquí tú eres el más hábil;/ esta reflexión, sin duda alguna,/ podría haber sido más lúcida,/  
96



Me perturba Roma/ con sus planteamientos;/ quisiera comprenderle/ pues le profeso gran estima./ ai, oi, ai,/ le profeso gran estima;/ persiste con sus muros elevados/ y pasadizos secretos.

había tratado en HGB con toda su crudeza: “Herririk / ez baneuka, sikera, / bizitzako zalantzak / ez neukez hain latzak.” (Si no tuviera / pueblo / mis dudas vitales, al menos, / no serían tan amargas.” (p. 123). En esto hay un gran paralelismo entre Gandiaga y otro gigante de la poesía vasca, Xalbador. El bertsolari de Urepel en el poema “Nigarra begian” reproduce prácticamente el pensamiento de Gandiaga: “Zortearen indarrez, munduan ni ere / sartu nintzan euskaldun agerien jabe; / frantsez edo español sortu banintz hobe, / gaur ez nuen izanen hoinbertze nahigabe.” (15) (Impulsado por el destino, yo también / vine al mundo portando mi identidad euskaldun; / mejor si hubiera nacido francés o español, / pues hoy no tendría tantas tribulaciones.).

Veamos cómo percibe el psiquiatra al poeta dolido y abatido, qué rasgos destaca en su informe: laboriosidad, idealismo, meticulosidad, tendencia al orden, preocupación por los pequeños detalles, autocontrol, sensibilidad, fuertes sentimientos de duda... (16). Ante ese cúmulo de tensiones personales el facultativo aconseja al poeta perder el tiempo, relativizar las cosas y no tomar la vida como un constante reto. Tarea difícil para la persona siempre falta de tiempo. Pero para el escritor que tiene pasión por la poesía y ha tenido que cultivarla siempre en sus ratos de asueto y a menudo robándose tiempo a sí mismo (17), la propuesta tiene mucho de sugestiva: perder (ganar) tiempo haciendo lo que uno más quiere, contemplar lo que le rodea, quedarse absorto ante las miniaturas de la cotidianeidad y... escribir.

*Denbora galdu alde* es el producto de un largo monólogo del autor consigo mismo, de la introspección que el hombre realiza hacia lo más interno de su ser. Puede decirse que este libro —donde la prosa y la poesía se alternan constantemente— es la obra más autobiográfica de B. Gandiaga, el cual desde el comienzo realiza un viaje de retorno a su infancia para tratar de ver en qué medida ésta ha condicionado su forma de ser, su personalidad. En ese viaje a su interior el poeta ve que se ha pasado la vida luchando contra imposibles, que no puede llegar a todo lo que él quisiera hacer, que a veces en medio de una feroz hiper-actividad tiene la sensación de que se está volviendo holgazán y perezoso; y constata que se ha vuelto agresivo, irascible, solitario...

Ve también que los demás se han hecho una imagen de él de la que está preso, pues una fuerza invisible le obliga a no hacer nada que pueda contradecir ese cliché, con el que no siempre está conforme.

Del mismo modo, el poeta está atrapado por su *zintzotasuna* (fidelidad, lealtad, honradez): “Zintzotasuna izan dut bizitzako gorenkien aipatzen entzun izan dudana bertutea.” (La fidelidad es la virtud de la existencia que con más excelencia he oído citar) (p.10). Se pregunta si esa fidelidad y esa honradez merecen de verdad la pena; si no son, por el contrario, un obstáculo insalvable para gozar del don de la vida. Pero no quisiera caer tampoco en una comodidad hueca, que a menudo arrastra al ser humano al consumismo, aspecto que Gandiaga ha criticado frecuentemente.

(15) Aire, Fernando “Xalbador”: *Odolaren mintzoa*, Auspoa, Tolosa, 1976, p. 224.

(16) En un ejercicio de desnudez personal, de apertura al mundo que antes le oprimía, el poeta incluye en su cuarto libro dos informes médicos, uno de los cuales es el del psiquiatra Justo Alzua.

(17) En la dedicatoria de *Elorri*, Gandiaga hace referencia a lo dicho: “Neure Maixuei / asti-une eta / biotz-aldietako / kantuok” (A mis Profesores / estos poemas / fruto de mis ratos libres y / de mis sentimientos).

Las estanterías están repletas de libros/ con palabras afables. Ya lo sé. Colmadas/ de palabras afables las farmacias./ De medicinas las bibliotecas./ Pero mi interior responde con vómitos a todos los fármacos.

Era un deseo, algo leve y algo constante como el viento y como la semilla del cardo que vuela mecida por el aire.

Rozó la tierra mil veces y mil y una veces se encomendó al viento en cuerpo y alma.

Al comienzo del libro, en los primeros pasos de ese viaje a su interior, en el poema “Tarras-narras” (pp.20-23) el poeta marca los hitos del camino, diseña un plan que le permita superar su situación y encontrarse con la parte más cordial de su existencia, con todo lo mejor de sí, para siendo él más feliz hacer más felices a los demás. Para ello decide desnudar su alma ante sí mismo y ante los demás, convirtiendo su interior en la parte más visible de él mismo, para que el aire y la lluvia, pero sobre todo nosotros le veamos-purifiquemos (*ikus-ikuz*, “ver-lavar”): “Barrukoz kanpora, iduleztara jarri nahi nuke / buru hau / eta barrukoz kanpora bizi / haizeak eta euriak garbi nazaten, / hurkoen, lagunen, / jendearen begiek / garbi ikus —ikuz— nazaten, / hurkoen, lagunen, jendearen begiak / garbitzaileago direlako / haizea eta euria bera baino. / Orduan ez nuke tarras-narras ibili beharrik, / ez nuke zer gorde eta zer zuriturik, (...)” (Quisiera ponerlo de dentro a fuera, darle vuelta / a mi ser / y vivir de dentro hacia fuera / para que el viento y la lluvia me purifiquen, / para que los ojos de mi prójimo, de mis amigos, de la gente / me vean —purifiquen— nítido, / porque los ojos del prójimo, de los amigos, de la gente / son más purificadores / que el viento y la propia lluvia. / Entonces no tendría que andar medio arrastras, / no tendría nada que esconder y nada que justificar).

Si consiguiera dar vuelta a mi realidad, exponerme al exterior sin pudores —nos dice Gandiaga—, viviría con más alegría, más libre; me aceptaría mejor, andaría con la cabeza más alta; sería más generoso a la hora de ofrecer mi tiempo a los demás; tendría más paz, un aire más pacífico y una visión de la vida más intensa, mucho más plena. *Denbora galdu alde es*, ciertamente, un viaje del agobio al sosiego; de la dependencia de una imagen pública prefabricada a la autenticidad; del hiper-perfeccionismo a la relativización de las cosas; de lo centrípeto a lo centrífugo; de inspirar recelo a expirar paz; en definitiva, el viaje de la sombra a la luz: “Lehen baino erlatiboagoa deritzat / gure iharduerari, ekintzari, / egintzari eta / aktibitateari. Ez gara hain beharrezko. / Eta ez da guk uste genuen bezain garrantziz- / koa guk egin dezakeguna. / Beraz ez dago zergatik hain estu aritu, / hain serio ihardun eta hain kakalarri ibili.” (Cada vez me parecen más relativas / nuestras actividades, obras, acciones, y / nuestra práctica. No somos tan necesarios. / Y no es tan importan- / te, como pensábamos, lo que podemos hacer. / Por consiguiente, no hay por qué actuar tan apuradamente, / obrar tan seriamente y andar tan inquietos.) (p.25).

Así, en vez de utilizar el tiempo exprimiéndolo, como acostumbraba, le da la bienvenida y se pone a conversar con él. Y la mera pronunciación de la palabra *denbora* (tiempo) con su final átono provoca en su interior una sensación de tiempo en suspensión, de alargamiento de ese tiempo que hasta entonces se le escapaba a borbotones de entre manos: “Gaur bazaitut. Astitsu eskaintzen zatzaizkit. Horregatik deitzen zaitut denbora eta ez aldi zaldi lauhankari; denbora zaitut deitzen, azken hizki atono horren bidez geldiagoa, patxadazkoagoa, etzanagoa bait dirudidazu, luzeagoa.” (Hoy te tengo. Te me ofreces sin prisas. Por eso te llamo tiempo y no época-caballo galopante, te llamo tiempo, porque por medio de esa última sílaba átona me parecen más calmado, más reposado, más horizontal, más dilatado.) (p.76).

El viento le llevó y le utilizó por sus senderos caprichosos, sin rumbo fijo.

Amó al viento y se desvaneció en él, como si fuera humo.

El poeta quiere aplastar su tristeza, dejar de llorar, no mira atrás, cantar, liberarse, soltar el ancla... y hacer su propio camino. Pero el camino no es siempre diáfano, llano y despejado. Los momentos de luz y los atisbos de dicha dan paso, a menudo, a la penumbra, a la desesperanza y al vacío inte-

Siento/ desde el pecho hasta las sienes/ un deseo de llorar/ encaminado hacia los ojos./ Me produce/ una angustia asfixiante/ hasta el punto de agotar/ mi pecho y mi cabeza.

rior. Como cuando reflexiona sobre la época que le ha/nos ha tocado vivir, calificándola de inmisericorde, y observa cómo nos rebasa y supera, dejándonos cada vez más vacíos, cada vez más desesperanzados: “Ez du aldiak / gure errukirik. (...) Bertan behera gaitu / uzten, lan eta lan / lan laban aurre-rapen / gabekoan, gero ta / atzerago gero ta / esperantza gutxiagoz / gero ta hutsago.” (Nuestra época / no nos compadece. (...) Nos deja / marginados, trabajando sin parar / en un trabajo incierto sin / futuro, cada vez / más desfasados cada vez / con menos esperanza / cada vez más vacíos.) (p.110).

Pero, por fortuna, la aflicción se suaviza. La tormenta remite, y aunque haya golpeado el prado primaveral, lo que de verdad ha hecho es refrescarlo, impregnarlo de savia nueva. Las últimas gotas de la tormenta convierten al elemento agresivo en suave música que acaricia el hombro del hombre necesitado de esa fuerza renovadora. Así se siente el poeta, como un prado con la promesa de miles de flores, que ya comienzan a elevarse nada más escampar, para pregonar su alegría, sus ganas de vivir: “Eta esan egin behar dut, ekaitz ondoko zelaia halatsu, zorion hau belar-izpi berriz, lorez eta gorako luzapen alaiz, oskarbipean zutituz eta hedatuz airearen eta haizearen begietan oihukatuz aterrune busti eta epeletako bizipoza.” (Como los prados después de la tormenta, tengo que pregonar esta felicidad con renovados brotes de hierba, flores y alegres pámpanos ascendentes, bajo el cielo límpido, elevándose y extendiéndose, gritando en los ojos del aire y del viento esta alegría de vivir en la escampada húmeda y apacible.) (p.116).

La flor es la promesa del fruto. Pero si éste se retrasa, la impaciencia de quien lo espera no tarda en aflorar. Por ello el poeta empieza a preguntar al aire, a sí mismo, a nosotros...: ¿Para cuándo la alegría plena?, ¿Para cuándo la tranquilidad y el sosiego que ha comenzado a germinar en su interior?, ¿Por qué no se han convertido ya sus cincuenta y cuatro años de umbría en solana?

## Las flores del tiempo

Entonces ese hombre, desde su umbría cada vez más acariciada por el sol, grita *maitasuna* (amor-amabilidad) y el eco le trae el recuerdo amoroso de su madre, de su padre, de su familia, de sus amigos y de todos los que le querían y le quieren. Se percata también de que la semilla de amor produce amor, y de que éste va envuelto las más de las veces en dulzura y sonrisas. La página 119 del libro repleta, inundada por los vocablos *maitasuna e irribarre*a (sonrisa) da cuenta del vital hallazgo. Ese día, el hombre decide ser portador y transmisor de amabilidad, de sonrisas, de gozo...

El amor que ya es capaz de sentir y la sonrisa que ya puede esbozar sin prejuicios le trae la luz de la mañana y ve que la luz que le rodea y le envuelve lo convierte todo en más hermoso. Decide entonces cuidar, mimar esa nueva alegría que le invade y pasa el día dedicado a ello: “Egun hura poza zaintzen pasa zuen, eta liburuak eta ikastea, gosaria eta ikasgela eta dena, etxeokak eta lagunak eta denak ikusi zituen pozaren argitan, eta benetan eder eta maitagarri gertatu zitzaion dena egun hartan.” (Pasó aquel día cuidando la alegría; y los libros, el estudio, el almuerzo, el aula y todo, los de casa y los amigos y a todos los vio alumbrados por la felicidad, y en verdad todo lo que le aconteció en ese día fue hermoso y amable.) (p.120). Amor, sonrisa, alegría, luz... El lienzo de la felicidad ha comenzado a tejerse sobre la urdimbre de la esperanza.

De nuevo/ le pido algo,/ señor psiquiatra,/ para que pueda encauzar/ este llanto des-cariado.



He heredado el carácter de mi madre. Mi madre era severa y estricta en todos los aspectos, y obsesiva, sobre todo, en lo concerniente a las obligaciones religiosas

Pero esa primavera no está exenta de los últimos estertores del invierno que no quiere batirse en retirada, y el lienzo se desgarró. Entonces el poeta, el franciscano, convencido de su inmensa fe en el Altísimo, ora con dolor: “Sinesten dut, / baina urrun dago, / lekutaren ostein poza. / Sinesten dut, / baina ezin dut, / inondik ere piztu / pozaren argirik. / Otoitz dagit, / aieneka dagit otoitz: / ‘egin bedi zure borondatea’ / eta etsi nahi dut, / baina hau goragalea!” (Creo, / pero está lejos, / detrás de lo inalcanzable la alegría. / Creo, / pero no puedo, / de ninguna de las maneras encender / la luz de la alegría. / Rezo, / profiriendo lamentos rezo: / “hágase tu voluntad” / y quiero resignarme, / ¡pero qué náuseas!) (pp.124-125).

Si en los momentos claves de los anteriores poemarios el poeta se había dirigido a otros escritores para dialogar con ellos y comunicarles sus sentimientos (Txillardegui, Otero, Cervantes...), en este caso Gandiaga opta por hablar consigo mismo: “Gandiagak Bitorianori” (pp.36-39); “Bitorianok Gandiagari” (pp.99-102); “Bitorianok Gandiagari” (pp.153-155). Los tres poemas están realizados al estilo de los bertso paperak del versolarismo, pero la progresión es clara. Si en los dos primeros poemas —descripción de su situación personal y posibles vías de solución— predomina el uso de la segunda persona, en el tercero —superación de esa realidad agobiante— hay un protagonismo claro del yo, de lo íntimo, del nombre propio (*Bitorianok*) que se superpone a lo social, al apellido (*Gandiagari*). La forma se agiliza, la métrica se hace sencilla y el pensamiento fluye libre, inocente, sin inhibiciones. Ha vencido el hombre, la persona, el ser humano.

Ahora el poeta es más libre. Ha soltado amarras, ha superado las cadenas sociales y canta al son de la conocida melodía “Nere sentimentua nai det deklaratu”, justo después de enseñarnos el diagnóstico que, en su día, el doctor Justo Alzua hizo de su dolencia: “Haseran dut airatu / libre naizen boza, / desafiatur zaldi / arranoen poza; / alferrik haien ohizko / zorian feroza, / badut haienez gaindi / beste zertan goza.” (Al comienzo he aireado / el pregón de mi libertad, / desafiando el contento / de caballos y águilas; / es baldía la feroz felicidad de ellos, / ya tengo superándola / de qué gozar).

Le ha costado. La flor abatida por la tormenta se ha doblado más de una vez, pero siempre ha llegado la fuerza del sol para ayudarlo a recuperarse. El frío tardío le ha sacudido, pero la vitalidad que almacenaba la planta en su interior le ha permitido crecer y dar fruto. Ha vencido el hombre, el franciscano, el poeta, el niño que desde su lejano caserío de Mendata fue a Arantzazu, otro lugar apartado —los dos lejos del ruido, los dos cerca del cielo—, con un puñado de poemas en su joven mente.

Ahora el hombre es más amable, más cordial, reconoce sus flaquezas y las acepta, ve también sus virtudes, valora más el mundo que le rodea. Pero no olvida su derecho a vivir alrededor del fuego de la cultura de sus padres, fuego que ve extinguirse, pero del que no quiere alejarse. No quisiera ser una momia de museo: “Existitzeko eskubidea dut / eskatzen / eta hil arte / kantuan bizitzeko / eskubidea. / Ez dut nahi / bizi naizen arteino / enbalsama nazaten / Heriotzaren kontra / jokatu nahi dut / atzerantz egin gabe.” (Exijo el derecho a / existir / y hasta la muerte / el derecho / a vivir cantando. / No quiero / que me embalsamen / mientras vivo / quiero actuar / contra la Muerte / sin retroceder) (p.146).

El viaje ha sido duro, las penalidades muy grandes, pero llega la hora de recoger los frutos de esa tierra largamente trabajada, y regada con el sudor creado por la angustia y el ahogo. Así, la cesta construida con los mimbres

Nuestra madre se pasaba las noches sin poder dormir (...) Se tomaba las obligaciones religiosas de un modo estricto y quería que nosotros actuáramos del mismo modo. Pero, por otra parte, también tenía sus períodos de alegría.

de la humildad, de la generosidad y de la dignidad se llenará de frutos-días alegres y gozosos, de una abundante cosecha de momentos atractivos, amables... e irrepetibles: “Egin onak bildu. / Egunen artean / onak aukeratuz joan / alez ale. / Begiak zoli erabili / egun bakoitzari ongi / begiratzeko. / Eta egun bakoitzari / bere balioa ematen ikasi. / Egun bakoitzari / bere alde ona bilatu. / Egun bakoitza / dohain / berri bezala hartu / ahalbide berri zabaltzen den / zabalduz doan mirarizko jauregi edo / paraje zoragarri bezala.” (Recolectar los días buenos. / Entre los días / ir escogiendo los buenos / uno a uno. / Utilizar los ojos con perspicacia / para observar bien / a cada uno. / Y aprender a dar su valor / a cada día. / Encontrar la parte amable / a cada día. / Recibir cada día / como un nuevo don, / como una nueva posibilidad que se expande / que va propagándose como palacio milagroso o / como lugar encantador.) (p.157).

\* \* \*

Desde entonces y hasta la hora de su muerte, el poeta no hará otra cosa que cantar a la vida, a los días, y a cada momento, convirtiendo las cosas más cotidianas en objetos singulares, en motivo de gozo y admiración: “Egungo eguna, egun ederrena. / Egungo arnasa, arnasa behinena. / Egungo argia, argi sotilena. // Egungo ogia, ogi gozoena. / Egungo ura, ur gozagarriena. / Egungo denbora, aldirik onena. // Egungo aukera, une apartena. / Egungo duguna, dugun hoberena. / Egungo garena, onargarriena” (18). (El día de hoy, el día más hermoso. / El aliento de hoy, el aliento más primordial. / La luz de hoy, la luz más gentil. // El pan de hoy, el pan más sabroso. / El agua de hoy, el agua más vivificante. / El tiempo de hoy, la mejor época. // La oportunidad de hoy, el momento más extraordinario. / Lo que hoy tenemos, nuestro mejor bien. / Lo que hoy somos, lo más sublime).

Y al ver feliz y gozoso a su mejor amigo, a aquel fraile que vestido con su hábito y sus modestas sandalias tan asiduamente les visitaba, los espinos de Arantzazu también se alegraron, y desde entonces percibimos que la belleza permanece en estos humildes y generosos árboles-símbolos durante todos los días del año.

Galdakao, 09-04-2003 (19)



Con respecto al tema de la educación, sus puntos de vista también divergían. Mi madre opinaba que la disciplina era necesaria para que un niño se educara bien. Mi padre no era partidario del castigo físico. Consideraba la paciencia y el cariño los caminos adecuados para el trato con los niños.

(18) [www.ueu.org/euskaraz.htm](http://www.ueu.org/euskaraz.htm)

(19) Día de la muerte de Jorge Oteiza y del reencuentro definitivo con su gran amigo Bitoriano Gandiaga.